

lence, en lugar de ofrecer batalla á su adversario, como éste inútilmente esperaba. La repentina muerte del delfín Francisco aumentó doblemente en la opinion pública de Francia el odio contra Carlos V, y un noble italiano sometido al tormento nombró dos capitanes imperiales que le habian inducido á cometer el envenenamiento del príncipe.

El 23 de setiembre los restos del ejército de invasion evacuaron el territorio francés, librándose Carlos solo por una casualidad de las balas que le dispararon dos campesinos franceses desesperados. Disimulando su retirada con un movimiento contra Marsella, regresó á últimos de otoño á España; y antes de esta desgraciada empresa en el Mediodía habia fracasado ya la invasion de las fuerzas imperiales en el Norte de Francia ante la bien defendida plaza de Peronne. Los soldados alemanes mercenarios habian acudido á millares al servicio de Francia y el joven duque Cristóbal de Wurtemberg, que figuró entre la guarnicion de Marsella y que



Moneda de plata de Joaquín II, príncipe elector de Brandeburgo (tamaño del original)

Anverso: En el centro el busto de Joaquín II, que lleva en el cuello la cifra del año 1537. La inscripción circular dice: IOACHIM . D(ei) . G(ratia) . MAR . BRAN . ELEC . Z (esta letra quiere decir *elector*). - Reverso: En el centro el busto de Eduvigis de Polonia, esposa del elector; debajo de él, la inscripción: AE(tas) 24. La inscripción circular dice: HEDWIG . G(eborene) . A(us) . K(onigliche) . S(tamme) . Z(u) . PO(len) . MAR . BRAN . 1537.

Se conserva en el Museo Numismático de Berlín

sirvió despues al rey de Francia en Italia, refiere en una de sus cartas con gran satisfaccion las pérdidas que experimentaron las fuerzas imperiales. Francisco I, habiendo quedado vencedor, hizo declarar á su adversario «Carlos de Austria» por el tribunal de los pares y el parlamento de París culpable de felonía y de rebelion, mandando confiscarle los condados de Flandes, de Artois y de Charolais; pero á pesar de que él y su general Montmorency se apoderaron en la primavera de 1537 de multitud de pueblos fortificados en Flandes, sembrando el terror, pasándolo todo á fuego y á sangre y degollando á todos los habitantes de la pequeña ciudad de Saint-Venant, retrocedieron al primer indicio de resistencia seria.

Ni en los Países-Bajos, donde se estableció un armisticio en el mes de julio, ni en el Norte de Italia, donde los franceses dominaban, se decidió la situacion. Lo que la decidió fué el ataque de los turcos; pero estos no atacaron con el grueso de sus fuerzas la Italia meridional, donde Keredin Barbaroja se limitó á una expedicion volante á la Apulia, sino las posesiones de la república de Venecia, que no tuvo mas remedio que abandonar su neutralidad tan penosamente sostenida. La isla de Corfú se resistió con valor; pero pagaron la resistencia las islas del mar Egeo, sobre todo la de Egina, y el jefe de la escuadra francesa, que marchaba detrás de su aliada la turca, escribió: «Pasamos por delante de la isla, en la cual no encontramos persona humana, porque los que no habian muerto degollados habian sido vendidos por esclavos.»

En octubre fué derrotado completamente cerca de Essek Juan Katzianer, que mandaba las tropas del rey Fernando. Este reconvino una vez al nuncio Morone porque el Papa,

solo en apariencia neutral, suministraba indirectamente subsidios á los turcos por medio del diezmo que habia permitido cobrar al rey de Francia. El contacto con el poder turco corrompió al parecer á los cristianos, tanto amigos como enemigos de la Puerta; pues antes habia tramado un embajador de los dos hermanos Habsburgos, en Constantinopla, una conspiracion contra la vida del gran almirante Barbaroja; y á la sazón el virey de Sicilia entró en negociaciones secretas con este temido pirata, todo para desviarle del territorio imperial. Katzianer, puesto preso á causa de aquella derrota, se evadió y murió asesinado por el conde Nicolás Zriny por sus relaciones traidoras con los turcos. Tambien la liga formada por el emperador y el Papa con la república de Venecia contra los turcos, demostró el pretendido celo de Carlos V por la causa de la cristiandad de un modo muy extraño, puesto que el almirante de la liga Andrés Doria hizo cuanto pudo para dejar evadirse la escuadra enemiga repetidas veces cuando estaba á punto de vencerla; y despues fué cada vez mas patente el deseo del emperador de aprovechar la situacion angustiosa de Venecia para sacar ventajas de ella.

Entretanto las continuas tentativas de mediacion del Papa y en parte tambien la debilitacion de los dos adversarios principales, el emperador Carlos y el rey Francisco, condujeron á un armisticio de diez años, firmado en Niza el 18 de julio de 1538. Paulo III habia cobrado del emperador por adelantado su trabajo de mediacion, porque habiendo sido asesinado Alejandro de Médicis, casado con una hija natural de Carlos V, siendo el asesino su propio primo Lorenzino (enero de 1537), se vió precisado el emperador Carlos á casar su hija natural con el nieto del Papa, Octavio Farnesio, y concederle además el marquesado de Novara.

Fué un congreso singular aquel en que se convino el citado armisticio: el Papa se habia alojado en un convento situado extramuros de Niza, el rey de Francia se habia establecido en una aldea inmediata y el emperador continuó á bordo de su galera. Los dos enemigos mortales negociaron separadamente con el Papa, sin verse ni tratarse personalmente, y fué grande la sorpresa general cuando algunas semanas despues (14 á 17 de julio) se reunieron los dos enemigos en Aigues-Mortes, transformados como por encanto en amigos y hermanos. A raíz de esta entrevista se oyó decir á Francisco I que en adelante no debia hacerse diferencia entre los asuntos suyos y los del emperador. Convinieron en hacer la guerra á los turcos, la cual no se hizo, ni menos pudo ganar Francisco I á Carlos V para dividir la Inglaterra entre el emperador, la Francia y la Escocia; pero en cambio se entendieron los dos soberanos para una accion comun contra los herejes alemanes, no sin contar con la cooperacion del Papa. La intencion del emperador se cifró en un arreglo amistoso, y á este fin autorizó á su hermano expresamente para hacerles algunas concesiones que no tocasen á los principios esenciales de la fe católica y que no pugnasen con esta creencia en sentido religioso. El rey Fernando, animado por iguales sentimientos, declaró al legado papal, que con este objeto habia pasado á Alemania, que seria mejor sacrificar un dedo que el brazo y perder un brazo que todo el cuerpo.

A pesar de estas intenciones dirigidas á un arreglo pacífico, pareció entonces inminente la guerra religiosa en Alemania. Por los esfuerzos del incansable Held se fundó el 10 de junio de 1538, en Nuremberg, una contra-liga católica entre el emperador, el rey, Maguncia, Salzburgo, Baviera, Jorge de Sajonia, Erico y Enrique el Menor de Brunswick para el sostenimiento de la paz religiosa de Nuremberg, marcándose bien en el convenio el carácter defensivo de la union, recha-

zándose desde luego toda participacion de potencias extranjeras y dejando el ingreso libre hasta á los miembros luteranos del imperio. La organizacion de esta liga era imitacion de la de Smalcalda. Held y otros representantes de la nueva alianza no encontraron en la corte imperial el espíritu tan belicoso como habian deseado; pero la desconfianza creciente entre los dos partidos contrarios era capaz de provocar

cualquier dia un conflicto, que fácilmente podia degenerar en una guerra. Así, por ejemplo, Enrique el Menor negó á su anterior amigo el landgrave, en su viaje á Brunswick, el salvoconducto necesario; y cuando el landgrave, á pesar de esto, pasó por delante de Wolfenbittel, Enrique mandó disparar contra él la artillería de la plaza. En Brunswick celebró una asamblea la liga de Smalcalda, en la cual ingresó personal-



Equipo militar y ecuestre del duque Enrique de Sajonia  
La armadura es de acero con incrustaciones de oro, Museo Nacional de Dresde

mente (abril de 1538) el rey de Dinamarca, demostrándose así que aquella liga iba adquiriendo todavia mas importancia.

En el imperio pareció solo cuestion de tiempo la declaracion de toda la Alemania del Norte á favor de la nueva doctrina. Tambien entraron en la liga Enrique de Sajonia, el hermano de Jorge, la nuera de éste y la duquesa viuda de Rochlitz; y habiendo muerto el elector Joaquín, el adversario mas irreconciliable de la reforma, en 1535, ni las promesas juradas de sus hijos ni el compromiso de la alianza de Halle pudieron impedir que sus descendientes se pasaran al protestantismo. El joven elector Joaquín II, que pasaba ya

mucho antes por partidario secreto de la Reforma, esperó todavia cierto número de años hasta que emprendió el establecimiento de su Iglesia territorial; pero hasta entonces tampoco ingresó en la santa liga de Nuremberg, y en cambio trabajó asiduamente como mediador entre los partidos. Su hermano, el margrave Juan de Custrin, se declaró ya en 1537 abiertamente á favor del protestantismo é ingresó al año siguiente en la liga de Smalcalda. Al propio tiempo, la hermana del margrave y esposa del duque Erico empezó á difundir la Reforma en el principado de Calenberg, y el duque fué bastante generoso para permitir á su esposa vivir sin ser mo-

lestada según su religión. Jorge de Sajonia perdió en enero de 1537 a su hijo mayor Juan, que había odiado personalmente a Lutero, y el hijo segundo, el duque Federico, era imbécil. Al parecer, Jorge de Sajonia quiso mostrar en su vejez su antigua fama de enemigo del clero; por lo menos mostrarse entonces favorable a una decisión nacional de la cuestión religiosa y de ciertas concesiones, como el matrimonio del clero; pues así lo prueba la conversación singular que tuvieron en enero de 1539, en Leipzig, dos consejeros sajones con Melancton, Butzer y el renegado Witzel. Por ambas partes instaban los hombres a la guerra: por un lado Enrique de Brunswick y por el otro el landgrave, y el primero acusaba al segundo de ambicionar la corona real y querer lograrla por medio del pueblo sublevado. El landgrave se apoderó de varias cartas de su contrario, en las cuales había contra él expresiones que le exasperaron. En esto declaró el tribunal imperial a la ciudad de Minden fuera de la ley, lo que hizo poco menos que inevitable la guerra. Francisco I, al cual los soberanos de Sajonia y de Hesse habían propuesto en febrero de 1538 una alianza defensiva, dió a los protestantes, antes y después de su entrevista con Carlos V, seguridades que les tranquilizaron. Por su parte los dos soberanos, el rey de Francia y el emperador, volvieron a entablar relaciones diplomáticas. La Dinamarca era miembro de la liga y justamente entonces se presentó la cuestión de Cléveris en primer término, que estaba destinada a ser la piedra de toque de la política de la liga de Smalcalda. Nunca, dice Ranke, hubo un asunto más importante para toda oposición en el interior del imperio y para la independencia de los magnates territoriales del imperio, que la cuestión de Cléveris.

Ya hemos expuesto la situación poco fija de los Estados del bajo Rin. Las pretensiones de la casa de Sajonia sobre el ducado de Julich no habían impedido que el yerno del último duque Juan de Cléveris tomara posesión del país vecino. Solo la rama Ernestina había sabido dar a sus pretensiones una nueva base legal, haciéndose asegurar la sucesión para el caso de que se extinguiera la línea masculina de Julich-Cléveris, en el contrato matrimonial celebrado en 1526 entre el príncipe heredero de la Sajonia electoral, Juan Federico, y Sibila, la hija mayor del duque Juan. La posición de Julich en el bajo Rin y su unión con el electorado de Sajonia adquirió súbitamente mayor importancia cuando Guillermo, hijo único del duque Juan, después de la muerte del duque Carlos, antiguo enemigo mortal de los Habsburgos, se apoderó de los dominios de Gueldres y Zutphen en virtud de un convenio hecho con los estamentos de Gueldres y con intención de parte de éstos de que no se cediera su país a la Francia, como su duque había querido, ni fuesen tampoco incorporados a la Borgoña, haciéndoles súbditos del emperador. Por otra parte la política imperial, siempre solícita por redondear su dominio y poderío en los Países-Bajos, y debilitar a los soberanos sus vecinos, no podía consentir la separación de las provincias septentrionales de los Países-Bajos de las meridionales por los territorios de Gueldres, que entraban en ellas a manera de cuña, ni tampoco que además de esto el poder del soberano de Julich adquiriera una importancia amenazadora. En efecto, el duque Guillermo, después de la muerte de su padre (ocurrida en febrero de 1539), reunió todos los territorios que había dejado éste con sus nuevas posesiones, tratando además de ingresar en la liga de Smalcalda, al paso que se iba aproximando a Enrique VIII de Inglaterra. También se sospechó que influía en las sublevaciones de los Países-Bajos contra el gobierno imperial. Agregábase a todo esto que era muy verosímil que el joven príncipe se declarara por la nueva religión, después que bajo

el gobierno de su predecesor se había introducido en los territorios de Julich y Cléveris no solamente una organización modelo de la corte sino una administración interior admirable y hasta una Iglesia territorial muy independiente de Roma. Conrado de Heresbach, amigo de Erasmo y Melancton, había dirigido la educación del duque Guillermo, al cual a la edad de trece años hizo escribir cartas a Erasmo. Entre los protestantes se tomó en consideración si se admitiría el ducado de Julich en el protestantismo aun sin declaración formal de fe, y si se le defendería en caso necesario como otro miembro de la misma religión. Lenz dice con razón que las esperanzas de la Sajonia electoral en el bajo Rin, que excedían con mucho a las que tenía en otro tiempo Federico el Sabio, debían prestar mayor vida a la política lenta de Juan Federico. Este se había vuelto un tanto belicoso, y también Lutero, el cual dijo entonces que si el emperador empleara las armas contra los evangélicos, cesaría de ser emperador, siendo únicamente mercenario facineroso a las órdenes del Papa, y añadió: «Si se mezcla entre la gente de armas del Papa ó del sultán, sucederá lo que semejante perversidad merece.» La verdad era que el emperador, con gran disgusto de Held y de los que pensaban como él, se inclinaba entonces a procurar relaciones pacíficas con los protestantes alemanes. El convenio firmado en febrero de 1538 en Grosswardein entre Fernando y Zapolya, según el cual volvería a caer la Hungría a la muerte del último en poder de los Habsburgos, había causado grandísimo disgusto tanto en Hungría como en Constantinopla. En el verano del mismo año Soliman expulsó al príncipe de Moldavia, que había entrado en relaciones con Fernando; poco tiempo después sucumbió la escuadra del emperador, del Papa y de los venecianos cerca de Maura, derrotada por la escuadra turca; Zapolya se casó con una hija del rey de Polonia, que era amigo declarado de la Sublime Puerta; y además se temía para el año siguiente un ataque formidable del poder turco, unido a los tártaros, contra la Hungría. En esta situación tanto el emperador como Fernando tuvieron que aceptar el ofrecimiento del elector de Brandeburgo de mediar entre ellos y la liga de Smalcalda. Carlos V en las conferencias que se abrieron en Francfort bajo auspicios muy desfavorables, se hizo representar por su consejero Juan de Weze, que había sido anteriormente servidor de Cristian II de Dinamarca, después arzobispo de Lund y era a la sazón obispo de Constanza. Los protestantes parecieron al principio decididos a no esperar que se les atacara y por consecuencia pusieron condiciones importantes; sin embargo, los mediadores, es decir, los príncipes electores de Brandeburgo y del Palatinado consiguieron que se estableciera un arreglo que causó al Papa grandísima indignación, pero que en el fondo no puede considerarse como una gran ventaja a favor de los protestantes. Este arreglo, hecho en Francfort y firmado en 19 de abril de 1539, concedió a los adeptos existentes de la Confesión de Augsburgo seguridad para quince ó diez y ocho meses de no ser molestados con ataques ó formación de causas por motivos de la religión, si el emperador aprobara sus condiciones, que pedían la extensión de la paz de Nuremberg a favor de adeptos nuevos de su religión y la cesación de todos los nuevos ingresos en la liga de Smalcalda y en la de Nuremberg. Si el emperador no aceptara estas condiciones quedaría limitada aquella seguridad a seis meses, quedando entonces limitada la prohibición de nuevos ingresos únicamente en la liga de Smalcalda, lo cual evidentemente era un perjuicio para los protestantes. También pidieron éstos que se negociara en una asamblea especial en Nuremberg un arreglo entre las diferentes religiones sin intervención del Papa y que la cuestión del auxilio contra los turcos se deci-

diera por mayoría de votos en una reunión de los miembros del imperio que se celebrara en Worms. Este arreglo tuvo cortísima duración, porque el emperador no aceptó las citadas cláusulas de los protestantes. Se comprende el descontento tanto de los católicos fanáticos como de los protestantes sagaces, lo cual fué causa de que la asamblea reunida en Worms, conforme se acaba de indicar, diera por resultado la completa negación del socorro contra los turcos, conviniendo los reunidos en que fuese discutido este auxilio en un parlamento formal. Butzer escribió al landgrave: «En este arreglo de Francfort se ha disgustado a muchas personas honradas y piadosas con la aceptación de las condiciones.»

Hay que atribuir este resultado a la costumbre que tenían los príncipes alemanes en semejantes ocasiones, según expresión de Miconio, de Francfort, de bañar el cuerpo en el mejor vino del Rin y casi anegararlo en el vino. Un motivo por demás sucio (la bebida) hizo al landgrave súbitamente tan pacífico que hasta trató de desviar al elector de Sajonia de toda idea belicosa. El caso fué que el landgrave sufrió un violento ataque de sífilis, que en su opinión le imposibilitaría para ponerse en campaña; y en el verano inmediato hasta quiso dimitir a causa de su enfermedad la jefatura militar de la liga. Además de este motivo, había influido muy desfavorablemente en la actitud del landgrave el contacto continuo con la diplomacia imperial; pues este príncipe ambicioso se lisonjeó con la idea de explotar a un político como Granvela, sin conocer que enfrente de tan experimentados maestros de una política tan previsora como nada escrupulosa, era simplemente un pequeño principiante y, de consiguiente, tenía que pagar el aprendizaje. El landgrave, no obstante, se jactó una vez en presencia de un consejero imperial de tener en todas partes amigos y de estar enterado gracias a ellos de las cosas más ocultas; pero basta considerar la infantil ingenuidad de la diplomacia reformista de entonces para convencerse del ningún peligro que ofrecía. La astuta reina María supo alimentar en el landgrave las esperanzas de un grandísimo papel guerrero al servicio del emperador, al cual aconsejó que aprovechara el tiempo hasta que sus medios y la ocasión le permitiesen tomar otra actitud. El landgrave creyó también muy sencillo mantener un embajador permanente de la liga de Smalcalda en la corte imperial, que habría de ahorrar a los miembros de esta liga mucha desconfianza y crecidos gastos. ¿Qué debía pensar Enrique VIII de los embajadores alemanes cuando estos le aconsejaron muy ingenuamente que se dejara guiar por la verdad evangélica en las discusiones del parlamento sobre los sacramentos y el matrimonio del clero? Al considerar los políticos de Smalcalda la cuestión de si había que fiarse de Granvela y hasta dónde se podía confiar en él, reconoció Sturm de Estrasburgo por un lado el carácter bondadoso de Granvela, pero por otro convino con Butzer en que no había motivo para presentar al diplomático imperial una exposición de las cuestiones religiosas, ya porque apenas tendría tiempo de leerla, ya porque, aun leyéndola, sería incapaz de apreciar su valor, pues no conocía a Dios. Una carta de un embajador de Hesse en la corte imperial revela las groseras adulaciones que empleó Granvela con buen éxito en su trato con Felipe. En esta carta dice el citado embajador que Granvela había dicho hablando del landgrave: «No sé si fué destino de Dios ó si me sedujo su presencia, el hecho es que tan pronto como le ví en Augsburgo, le cobré tanto afecto y amor verdadero que pensé que pondría de buena gana toda mi hacienda a disposición de este príncipe si con ello pudiese servirle.» Este fué el motivo que tuvo el landgrave para decir que era menester conservar la amistad de un varón tan excelente, que sin regalos ni soborno tanto había servido la

causa de los protestantes. Esto basta para comprender el soberano desprecio con que Carlos V y sus consejeros miraban a sus contrarios. Sin embargo, paso a paso, aun en la escuela alemana, recibieron lecciones que no esperaban.

Contrasta agradablemente con aquella tosquedad y aquella ignorancia en materia política, la claridad con que Martin Butzer, el consejero más influyente del landgrave, fijó los puntos que debían guiar la política protestante. Butzer mostró un desconocimiento, muy general entonces, del carácter verdadero de Carlos V; pero a pesar de esto, presintió el peligro que amenazaba a la Reforma por efecto de aquel carácter meditabundo é incansable en calcular planes. Butzer era partidario decidido de la tendencia particularista y hostil



Joaquin II, príncipe elector de Brandeburgo  
(tamaño exacto de la medalla, grabada en esteatita)

En el centro el busto de Joaquin II con el cetro electoral en la mano izquierda; la inscripción circular dice: IOACHIMVS II DEI G. MARCHIO BRAN. SACRI RO. IMP. ARCHICAMERARIVS ET PRINCEPS ELECTOR ZC AN. MDLX.

Se conserva en el Museo Numismático de Berlín

al emperador, cuya tendencia era entonces general entre los protestantes. Trata este teólogo la cuestión de alianzas extranjeras y católicas desde el punto de vista de la protección debida a la Reforma con una imparcialidad é ingenuidad muy apreciables. Ningun otro protestante alemán recomendó tanto como él la indispensable unión con Enrique VIII y con el duque Guillermo de Julich-Cléveris, sobre lo cual escribió al landgrave: «Todos los daños que recibirían Inglaterra y Julich redundarían también en perjuicio de todos nosotros.» La meta de los deseos de Butzer era extender la religión reformada a todo el imperio, para lo cual deseaba que los principados eclesiásticos fuesen secularizados pacíficamente. El protestantismo alemán parece, en efecto, haberse propuesto entonces llegar por este camino al dominio general sobre toda la nación alemana; pero la contra-reforma, al ver que se trataba de la existencia del catolicismo alemán, hizo frente al protestantismo y le detuvo en su avance. La correspondencia de Butzer con el landgrave, publicada muy recientemente, evidencia no solamente la inteligencia política de Butzer sino también la noble franqueza con que recordó a este príncipe sus deberes de gobernante, que tenía muy descuidados; pero esta amistad íntima con el landgrave